

EL CENTENARIO DE JOAQUÍN

Por *AQUILINO DUQUE GIMENO*

En diciembre de 1993, en el curso de unas obras realizadas en los Reales Alcázares, apareció tapiada en un mechinal una caja de cartón que contenía ejemplares de los diarios sevillanos *ABC*, *El Correo de Andalucía* y *Falange Española*, unas monedas y un manuscrito destinado “para el curioso de no sabemos qué año, arqueólogo, poeta, albañil, u obrero de cualquier oficio que ande y registre por estos muros venerables”. En ese manuscrito se describen las obras llevadas a cabo en el Alcázar en el año de 1937, época que su autor sitúa diciendo: “En los comienzos de la Era Triunfal, años de 1936 y 1937, rigiendo los destinos de España el Generalísimo Franco, caudillo triunfal en la guerra contra el marxismo ruso...”. La persona que de modo tan redundante dejaba constancia para la posteridad de su adhesión al Caudillo y de su fe en el triunfo de las armas nacionales no era otra que el joven conservador del noble edificio sevillano, Joaquín Romero Murube. Por esas mismas fechas, 1937, Joaquín Romero recogía en un cuadernito impreso en la Imprenta Alemana, de Sevilla, siete romances de vario asunto precedidos de una dedicatoria, entonces misteriosa y hoy elocuente, que decía: *¡A ti, en Vizna, cerca de la fuente grande, hecho ya tierra y rumor de agua eterna y oculta!*

El dedicatario de esos romances que preceden con mucho a su muerte es el mismo “amigo muerto” a quien, pocos años más tarde, buscaría Joaquín subiendo “las calles de Granada” en un soneto dedicado a otro amigo y paisano del muerto: Alfonso García Val-

decasas. Amigo también de todos ellos fue Pepín Bello quien, al ser preguntado en la televisión por el drama común, dijo que él se enteró hallándose detenido en una checa por los mismos que habían asesinado a un hermano suyo y temiendo lo peor por sus ancianos padres, en zona roja también. También podía temer lo peor Joaquín Romero por su propia mujer, entonces en Madrid, y que no tuvo mejor ocurrencia que ir a pedir protección al camarada Alberti, que la mandó "a paseo", según solía hacer en *El mono azul*. "Estamos en guerra, y en la guerra hay que estar a las duras y a las maduras", fueron las palabras del poeta miliciano a Soledad Murube, y esas palabras dicen más que muchos volúmenes sobre la naturaleza de una guerra, y más si se trata de una guerra civil.

Alguna vez he dicho que la guerra española, más que una guerra entre hermanos, fue una guerra entre amigos, y recordaba que en una reunión en la Casita del Moro a la que asistían, además del dueño de la casa, don José María de Cossío, don Ramón Carande y don Jorge Guillén, de paso entonces por Sevilla, al evocarse al poeta sacrificado en Víznar, alguien se acordó de que precisamente se llamaba Amigo, Joaquín Amigo, dedicatario incluso de uno de los romances gitanos, otro sacrificado, pero por los del bando contrario.

Me obliga a volver sobre estas cuestiones la reedición, con motivo del centenario de Joaquín, de esos *Siete romances*, precedidos de un prólogo firmado por un Sr. Martínez y un Sr. García que, si bien rastrea con acierto la filiación literaria de los romances, emite unos juicios de valor inadmisibles sobre la época en que fueron publicados, juicios que, de paso, se extienden a la época de Primo de Rivera apoyándose en el más tabernario de todos los Unamunos conocidos.

Decía el novelista E. M. Forster que entre traicionar a la patria o traicionar a un amigo, no había duda: siempre había que traicionar a la patria. No se qué habría dicho si el dilema no fuera entre el amigo y la patria, sino entre el amigo y la democracia, la revolución, la internacional, el "pueblo" o cualquier otra abstracción del género. Afortunadamente, no creo que Joaquín Romero hubiera leído a Forster, de suerte que no se le planteó el dilema, y a la vez que rendía homenaje al amigo muerto mantenía su adhesión a la patria, por cuya salvación se produjo el Alzamiento Nacional.

En el bando contrario, el de los “sin patria” como ellos decían, no sé de ningún intelectual que se planteara un dilema parecido, y eso que no faltaron ocasiones.

De unos años a esta parte se procura rescatar para la “corrección política” a los buenos escritores que tomaron partido por el bando nacional. En realidad el precursor de esta operación fue Dionisio Ridruejo en una breve polémica con Umbral a propósito de Manuel Machado. Dionisio Ridruejo se consideraba obligado a hacer ciertas cosas por haber hecho otras cuando era más joven. Una de esas cosas juveniles fue el intento de recuperación de Antonio Machado para la España vencedora en la guerra, y nada más opuesto, o más complementario, que el posterior intento de recuperación de su hermano Manuel frente a esa España a la que sirvió según él con las reticencias del liberal que llevaba dentro. Tan ingenua era esta recuperación póstuma de Manuel como ingenua había sido la recuperación póstuma de Antonio, y Umbral le contestó “ha hecho usted con él leña menuda”. Desde entonces, toda una crítica que va de José Carlos Mainer a los hermanos Carbajosa, seducida por la calidad literaria de los autores “fascistas”, por emplear una etiqueta *sbrigativa*, viene haciendo loables esfuerzos por conciliar su obra, por muy teñida de ideología que esté, con las pautas impuestas por la historiografía revisionista. No salen muy bien parados estos autores a la larga, pues cuanto más a fondo se les estudia, más irrecuperables resultan, y los juicios morales o políticos acaban destiñendo sobre los juicios literarios. Alguna vez cae en mis manos el lamentable suplemento literario de cualquiera de los grandes diarios nacionales. Últimamente, en uno de ellos, he podido leer una descalificación como literato de don Manuel Azaña a la vez que se le moteja de “estadista de excepción”. Todo al revés. Azaña como escritor es bastante decoroso, pero como “estadista” no lo salva ni la Paz ni la Caridad. La prueba está en ese gran acto de contrición que son sus aconsejables memorias y diarios, bastante más fidedignos y mejor escritos que la prosa de todos los historiadores y críticos revisionistas, es decir, contadores de la Historia al revés.

Otro ingenuo como Ridruejo, el poeta José Luis Tejada, sostuvo un tiempo que Antonio Machado, de no haber muerto en las circunstancias conocidas, habría acabado convirtiéndose a la fe de San Juan y Santa Teresa. Los casos de poetas que llegaron a sobrevivirse, como Rosales o Guillén por ejemplo, no nos autorizan a atribuir a

otros una posible evolución parecida a título póstumo. Un poeta es su vida y es su obra y, como decía Rilke, cada cual tiene su propia muerte. Joaquín Romero Murube murió en el ocaso de su vida administrativa sin abdicar de las lealtades que lo mantuvieron en ella y, como no se engañaba, en más de una ocasión me anunció su propósito de retirarse de la escena tan pronto como, por ley de vida, cambiara el sistema y tuviéramos aquí – eran sus palabras – “un Adenauer de vía estrecha”.

Esas lealtades, al Caudillo y a Sevilla, no dejaron de proyectar su sombra sobre la carrera literaria de Joaquín Romero. Esta carrera él la sacrificó con gusto a cosas de más momento para él, pero es que además la una depuró a la otra. Me aclaro. La lealtad a Sevilla lo tuvo alejado de la Corte y al margen de sicofantes y aduladores, pero a la vez lo excluyó, no ya de las prebendas de la cultura oficial sino de los beneficios de la oficiosa. Las únicas ciudades donde he podido ver estatuas de Carlos IV y de Fernando VII son México, La Habana y Manila, y eso, más las hiperbólicas alabanzas a Carlos II por parte de Sor Juana Inés de la Cruz, me inducen a pensar que la realeza gana con la distancia. Lo dicho de la realeza vale para el Poder político en general. A Joaquín Romero le gustaba la España en que vivía como le gustaba la Sevilla en que vivía, lo cual no quitaba que le parecieran mal muchas cosas que veía en aquella Sevilla y en aquella España. Recuerdo que en uno de mis viajes a la ciudad, por la época más o menos de *Los cielos que perdimos*, me decía: “¿Qué te parece Sevilla? Es como esas mujeres guapas por las que pasa el tiempo y hoy es una muela de menos y mañana una arruga de más, pero nunca deja de ser lo que es por muchas atrocidades que le hagan.”

A Joaquín Romero le importaban bastante más los desaguisados urbanísticos que la cotización de su literatura en el mercado nacional. Baste decir que todos sus libros se los editaba él y él se los distribuía a su modo, es decir, regalando ejemplares a quienes lo visitaban en el Alcázar. No tenía más política literaria que la amistad, y raro era quien llamaba a su puerta y no sucumbía a ella. Del mismo modo que puso la Casita del Moro a disposición de los proscritos dignatarios del Gobierno de Vichy, atendía a cuerpo de rey a cualquier emisario de sus antiguos amigos del exilio antifranquista. Nada digamos de cómo acogía a estos

antiguos amigos, desde Jorge Guillén a José Bergamín, cuando aparecían por Sevilla.

En la época en que yo conocí y traté a Joaquín Romero, la vida cultural española giraba en torno a dos ciudades: Madrid y Barcelona. Sin perjuicio de acoger cordialmente a quienes venían por Sevilla procedentes de cualquiera de ellas, los amigos de quienes siempre hablaba eran los difuntos, como Federico García Lorca o Alejandro Collantes de Terán, o los ausentes por diversos motivos como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas o Eugenio Montes. Claro que tenía amigos en Barcelona y Madrid, pero eran amigos de “antes del diluvio”, como escribió Eugenio Montes en una postal que le mandamos desde Roma al contumaz exiliado Martínez Nadal. El caso es que él vivía bastante al margen de lo que se cociera política o literariamente en esas ciudades, y por eso no dejó de sorprenderme el relato que me hizo de su amistad alcohólica en el Congreso de Poesía de Segovia con Camilo José Cela, uno que siempre estuvo en todas las salsas. Su muerte coincidió más o menos en las fechas con la del novelista Ignacio Aldecoa, y la de éste fue noticia a nivel nacional mientras que la de Joaquín no pasaba de ser una anécdota de provincias.

Y es que ni su estética ni sus preocupaciones tenían nada que ver con las del *Establishment* literario. Joaquín Romero era un hombre del 27 y puede que el trato asiduo con él influyera en los que pretendimos, y ahí están nuestros primeros libros, empalmar directamente con los poetas y prosistas del primer cuarto de siglo, pues no nos seducían en igual medida los que a mediados de siglo dominaban la vida literaria. Es sintomático que Joaquín publicara su último libro de versos en 1948; que fuese en 1948, es decir, al cumplir los cuarenta y cuatro años, cuando dijese adiós a la poesía. Recuerdo una discusión juvenil en el Club La Rábida, una discusión “fundacional” de la revista *Aljibe* en que a mí se me ocurrió exclamar para descalificar a algún poeta cuarentón: “¡A los cuarenta años sólo se pueden escribir las Fábulas de La Fontaine!” La Fontaine en efecto no empezó a escribir hasta cumplidos los cuarenta años, y quién sabe si Joaquín, que era la francesa la literatura extranjera que mejor conocía, no había tenido la misma ocurrencia y se había aplicado el cuento.

Sin embargo, el que es poeta lo sigue siendo aunque deje de escribir versos. Siempre digo que hay temas a los que les viene

estrecho el cauce del verso. Dicho de otro modo, el caudal poético es tal que se desborda en prosa, no ya en prosa “poética”, que no es más que un artificio, sino en esa prosa de arte que en más de un poeta, invirtiendo el verso de Rubén Darío sobre Barbey, bien vale su verso. Piénsese en el *Ocnos* de Cernuda, en *Las cosas del campo* de Muñoz Rojas, en *Pueblo lejano* de Joaquín Romero Murube. Piénsese, por más que resulte tópico, en el *Platero y yo*.

Han tenido que pasar muchos años para que por fin se reconozca, y en esto hay que destacar a los poetas sevillanos Fernando Ortiz y Jacobo Cortines, que Joaquín Romero es uno de los grandes creadores de prosa de su tiempo. A mí me consta su devoción de paisano por don Andrés Bernaldez, el cura de Los Palacios, cronista de los Reyes Católicos, como me consta su afición al caballero sevillano don Pedro Mexía, cronista del Emperador. En el otro extremo, sostenía que Juan Ramón había llevado la prosa a unos límites infranqueables; que había inventado una prosa ágil, enjuta y de una sintaxis personalísima imposible de imitar sin caer en el torpe remedo. Más o menos lo que Lorca había hecho con el romance tradicional. Otra prosa original e inimitable era la de Valle Inclán. Bien explícita está su admiración por Gabriel Miró y, entre sus lecturas francesas, que eran muchas, yo pondría en primer lugar a Francis Jammes y a Marcel Proust, ese mismo Marcel Proust que prologó el primer libro de alguien que llegaría a ser, no sólo uno de los prosistas más brillantes del primer tercio del siglo, sino gran amigo de Joaquín: Paul Morand. Tanto Jammes como Proust habían tenido suerte con sus traductores españoles: Díez Canedo y Pedro Salinas respectivamente, y una prosa de éste de patente influencia proustiana, la *Entrada en Sevilla*, aparecida en el número 1 de la *Revista de Occidente*, figuraba entre los textos de sus contemporáneos y amigos que más ponderaba Joaquín. La salida de la revista *Aljibe* coincidió con la muerte de Pedro Salinas; por razones de espacio sobre todo, en su primera página reprodujimos unos versos suyos, y no la *Entrada en Sevilla*, como nos insistían Joaquín y don Ramón Carande.

Uno de los muchos méritos de Valle Inclán consiste en haber dado pie a dos monumentos literarios, a saber, la biografía fantástica en todos los órdenes que le hizo Gómez de la Serna y la igualmente fantástica semblanza juanramoniana en que lo comparaba con un castillo de fuegos artificiales, con un “castillo de quema”. Tal vez

sea ahí donde la prosa de Juan Ramón alcance un grado sumo de originalidad y es indudable que Joaquín Romero la tenía muy presente en aquel arranque de la semblanza de don Faustino Murube en *Pueblo lejano*. El ejemplar que yo poseo y atesoro es la primera versión a máquina de la obra, que me hizo llegar el propio Joaquín, y donde muchos nombres están tachados y sustituidos por otros. Don Faustino a máquina y tachado pasa a ser a mano don Fernando, y en la versión francesa es ya “Don Anselme”. Pues bien, este personaje elusivo que a duras penas oculta su verdadero nombre “parecía – escribe Joaquín – un cohete quemado. Alto, delgadísimo, como de nervios y alambres, y siempre vestido de negro:”

Antes hablé de la devoción por los poetas del 27 y por los prosistas del primer cuarto de siglo, y yo quisiera insistir en la importancia que al menos para mí tuvo Joaquín a este respecto, por más que esté explícita en el poema que le dedicaba en *La calle de la Luna*, y en prosa, en la semblanza un tanto caricaturesca que trazaba de él en *La Operación Marabú*. ¡Quién me iba a decir entonces en qué medida iba yo con el tiempo a parecerme a esa caricatura!